

El ocaso de los dioses

Ni el más leve ruido de las hojas de los árboles meciéndose con la brisa del otoño, ni el canto triste de los pájaros que presienten el inminente frío, ni el barullo de los niños jugando en la colina pudieron sacar a Abraham de sus meditaciones. La mirada perdida en lontananza, permaneció toda la tarde sentado a horcajadas en el tronco de un árbol viejo y ya casi sin vida que lo había visto crecer y convertirse en un apuesto joven. Le gustaban las tardes del otoño para irse a meditar el producto de sus reflexiones históricas y filosóficas. Sus largos cabellos negros y crespos y su barba negra y crespa también se mecían con el persistente viento, cada vez más frío y cercano, ese viento que se acurruca entre los brazos y que se esconde y alborota los pensamientos. Jacob centraba por momentos la atención en las piedras enterradas en el suelo, tibias por el cobijo del sol, y luego volvía la mirada a las hojas caídas aún verdes como soldados heridos de muerte en el campo de batalla. El sol estaba casi a punto de ocultarse por entre las montañas cada vez menos verdes y cada vez más doradas y rojizas.

Los padres no dejaban de asombrarse por la agudeza de pensamiento de Abraham. Desde muy pequeño había dado señales de ser un chico de espíritu ágil e intelectualmente precoz. Aún así, consideraban pernicioso el pasatiempo verpertino del chico.

—En lugar de estar cazando o cuidando los rebaños—replicaba el padre—se pasa toda la tarde mirando a la nada. ¡En vez de hacer oración con nosotros, mira nada más lo que hace...! Este chico no tiene temor divino. Si no lo corregimos a tiempo, va a terminar muy mal.

El padre era un hombre recio y pragmático. En su juventud había sido cazador intrépido. De él se decía que era capaz de luchar con una jauría de más de diez lobos y derrotarlos sin ningún problema, y otros comentaban que hasta los gatos salvajes le tenían.

La madre, por su parte, permanecía callada y sumisa, rumiando las palabras de su esposo y echando una carga más al zurrón rebosante del alma. Cada vez que Abraham hacía algo nuevo y en su alma anidaba una nueva duda, ambos se ponían a temblar. Sus hermanos eran tan diferentes... Ellos sí que tenían temor divino y se encargaban de las cosas realmente valiosas. Eran todos fuertes y montaraces como su padre; siempre iban de cacería para demostrar al pueblo entero la fiereza de su carácter. Nunca cuestionaban nada ni les importaban los fenómenos de la naturaleza. Eso se lo dejaban a los profetas. Se contentaban con vivir la vida tranquilamente y hacer lo que se espera de los chicos de su edad. También tenían el cabello largo, negro y crespo. Y la barba también.

Una tarde, cansado de ocultar su descontento, el anciano padre se animó a interrumpir los pensamientos de Abraham el cual, invariablemente, permanecía en el mismo tronco del árbol decrepito. Abraham no prestó la más mínima atención a las crepitaciones de las hojas de los árboles ya secas que se hacían más intensas a medida que el anciano se acercaba. El tiempo parecía no transcurrir en la mente del muchacho. El viento soplaba con tal vigor, que la barba del anciano se mecía como una enorme borla de

algodón entre los hilos roídos de su túnica. La mano asida a su inseparable báculo, se acercó con pasos inciertos hasta donde se encontraba su hijo.

—Cuando era niño—comentó carraspeando la voz—no había nada de esto—dijo mirando hacia el horizonte. Todo era muy natural y del pasado no había quedado nada, absolutamente nada.

Abraham lo oía sin prestarle mucha atención, hasta que el anciano hizo una pausa para esperar la reacción de su hijo.

—A mí no me dio nunca por andar con preguntas extrañas—se jactó. Solamente vivía la vida, cazaba, dominaba las fieras y apacentaba mis rebaños, como debe hacer un hombre de bien. Lo mismo hacen tus hermanos. El otro día, por ejemplo, cazaron un carnero salvaje enorme, de esos que casi nunca se ven por esta región. Son unos muchachos muy fuertes y decididos.

Abraham no se dejó persuadir. Continuaba con la mirada perdida y de cuando en cuando la volvía hacia su padre. Parecían el retrato de una misma persona con unos cuarenta años de diferencia. La maraña del cabello, la barba, la túnica salpicada de hilachos. Cuando el padre dejó finalmente su discurso, Abraham no tuvo otra alternativa más que enfrentarse con la amarga realidad que bien sabía lo esperaba. Volteó a ver a su padre, agachó la cabeza y dijo:

—Padre, yo he sido llamado para cumplir una misión—dijo mirando al suelo—una misión muy importante para nuestra raza y todas las razas del mundo.

El anciano buscaba inútilmente la mirada de su hijo, cuyos ojos continuaron anclados en el suelo hasta que un arranque de valor los hizo elevarse hasta anidarse en el rostro de su padre:

—Los dioses, padre mío, esos en los que ustedes creen y han reverenciado durante tantas generaciones no existen—sentenció—sólo existe un único y verdadero Dios, creador de todas las creaturas del universo de todo lo que habita en el cielo y la tierra y...

—¡Cállate!—dijo el anciano enfurecido—¡No blasfemes contra los dioses! Ellos nos crearon a su imagen y semejanza, a ellos debemos nuestra existencia, y por eso es nuestro deber rendirles culto ahora y siempre. Así lo han hecho nuestros antepasados, así lo hacemos nosotros, y así lo han de hacer nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos. Abominables son aquéllos que se niegan a rendirles culto; ¡malditos sean hasta en tres generaciones!

—Pero padre—exclamó Abraham—los dioses no son dioses. Sólo existe un verdadero Dios. El anciano no podía contener su rabia e impotencia. Tenía el rostro desencajado y el rostro encendido se echaba a notar aún más por el contraste con lo blanco de su cabello.

—Los dioses—explicó—no sólo existen, sino que hasta hubo un tiempo en que vivieron entre nosotros. De ellos recibimos la cultura y todo cuanto forma parte de la civilización. ¿Acaso ignoras que a ellos debemos la escritura y la forma del gobierno y las leyes y todo lo demás? Está escrito en los anales de los ancianos y ellos recibieron estas enseñanzas de sus antepasados, quienes juraron decir la verdad.

Tenía razón el viejo cuando decía que los dioses habían poblado la tierra. En aquellos tiempos remotos se los consideraba gigantes. También se decía que habían decidido poblar la tierra, para lo cual sedujeron a las mujeres y procrearon una

A JOURNAL OF THE CÉFIRO GRADUATE STUDENT ORGANIZATION

descendencia infinita. Por supuesto, gran parte de esas historias no eran más que simples mitos anidados en la sabiduría popular. Ese mismo afán del pueblo por mitificarlos fue el origen de la singular creencia de que eran gigantes. El caso es que en un momento dado, sin conocerse la causa precisa, dejaron de existir y sus espíritus pasaron a ocupar un lugar en el mundo celeste, no sin antes dejar a sus creaturas una misión específica: poblar la tierra y multiplicarse, convertirse en los amos de la creación y regirla en nombre de los dioses. Nada de eso creía Abraham; para él no había más que un solo y único Dios.

Pasaron los días y el anciano padre de Abraham no soportó la presión de su conciencia, que le dictaba denunciar la apostasía de su propio hijo. Se puso en oración y penitencia durante varios días hasta que creyó encontrar la respuesta a la encrucijada que la vida le había presentado. Llamó aparte a Abraham y le dijo:

—Bien sé, hijo, que no vas a cambiar de actitud y eso me hiere en el alma. Mi conciencia me dice que debo delatarte, así que levántate, prepara tus cosas y vete lejos, adonde nadie te conozca.

Abraham obedeció a su padre. Preparó un hatillo con lo más elemental y emprendió la marcha. Sus hermanos y la gente de la aldea ya sospechaban y forzaron al anciano a que les dijera la verdad. Apenas escucharon de lo que se trataba, corrieron a alcanzar a Abraham, quien en ese momento bajaba por una colina. Iba seguro de sí mismo, dispuesto a iniciar un nuevo pueblo, tan numeroso como las estrellas del firmamento. Una lluvia de piedras le cayó encima, pero su coraje y determinación pudieron más. Unos cuantos proyectiles alcanzaron a hacer blanco. De la cabeza de Abraham comenzaron a brotar unos pequeños ríos de un líquido blanquísimo, pero no fue nada de cuidado, pues los circuitos vitales de su sistema no se dañaron. Tampoco se dañó el control maestro. Abraham corrió y corrió hasta llegar a un valle desde el cual se apreciaban a la distancia las ruinas de una antiquísima gran ciudad.